

CARAS Y CARETAS

SEMANARIO FESTIVO
DECANO DE LOS PERIÓDICOS PLUSTRADOS

Director: ARTURO GIMENEZ PASTOR

AÑO III
Nº 109
Marzo 29 de 1896.

PRECIOS-SUSCRICION
MONTEVIDEO-DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1.00
Seis meses	" 5.00
Un año	" 9.00

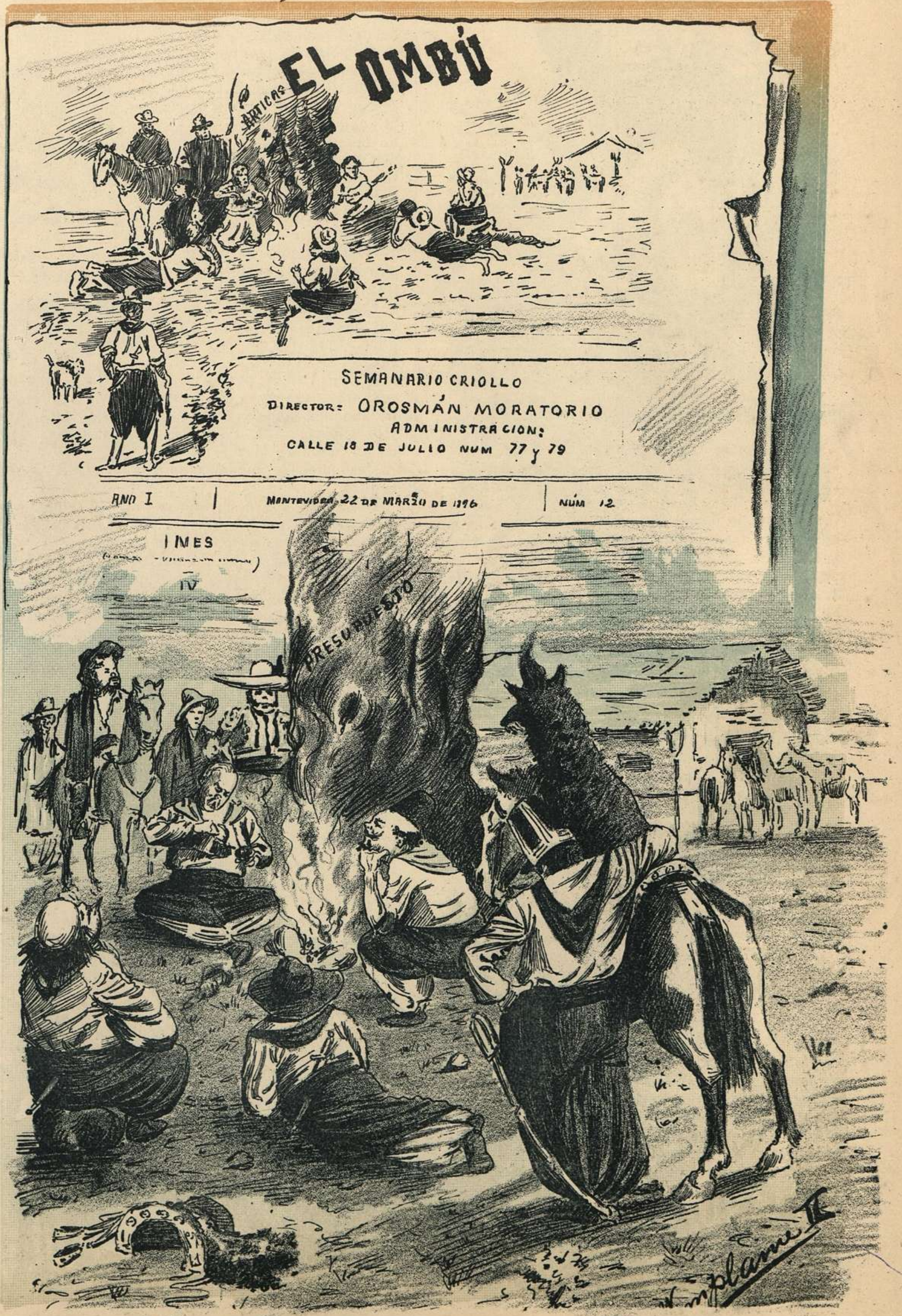
EXTERIOR
Los mismos precios en moneda equiva.
lente, con el aumento del franco.

Número corriente 30 centesimos + Número atrasado 40 centesimos

EN VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS
SE PUBLICA LOS DOMINGOS
Oficinas: CALLE URUGUAY, 301
MONTEVIDEO.

IMP. Y LIT. LA RAZON; CERRO, 57

La prensa en broma



Que años há que viviendo está esta gente á la sombra de este árbol, es notorio; de este árbol que aquí llaman Presupuesto; Ombú de cuyos frutos, ciertamente no llegará á gozar, no, Moratorio por supuesto!

SUMARIO

TEXTO—«Zig Zag», por Arturo Giménez Pastor—«Hilachas», por C. Lenguas—«Perjura?» por Kiel—«Para Ellas», Luisa (continuación), por M. de Lyden—«Requiebros», por Ricardo Royo—«El retrato de hoy», Herbert Spencer—«Murmuración», por Colás Pérez—«Entre dos fuerzas» (continuación) por Arturo G. Pastor—«Menudencias»—«Correspondencia particular»

GRABADOS—«La prensa en broma», *El Ombú*—«Los regalos de S. E.» por Wimplaine II—«Herbert Spencer»—«Solla alegre» y varios intercalados en el texto, por A. Giménez.



Que ustedes lo sabrán, me lo figuro, pero es menester que también lo sepan las naciones extranjeras, y de ahí que cumpliendo mi misión de cronista me vea obligado á dar cuenta del gran acontecimiento de Marzo para los que no estén aún enterados de todos sus detalles, sea por culpable negligencia, sea por disculpable ausencia, como el comisario Da Costa, por ejemplo.

El caso es que el 21 de este mes festejó nuestro buen presidente, S. E. Juan, su segundo cumpleaños político.

Es decir, si por cumpleaños político se entiende aquel día en que se conmemora el aniversario de la entrada de un sér en la vida política, S. E. Juan habrá conmemorado á la fecha el 17.º ó 18.º, á estar á las constancias del Presupuesto; pero como ciertas cosas y ciertas épocas y ciertas situaciones rechazan por importunos, no diré ya conmemoraciones, sino aún recuerdos; y en razón de que, si bien en aquellas épocas mostró el sér siempre Juan mostró también tener muy poco de Excelencia, *velay* que solo festeja su ingreso en la alta vida política, una vez que ciñó á su noble pecho la blanca y celeste banda, ocupando el empleo de Presidente, que algunas malas lenguas aseguran ser puramente decorativo, por más que haya quien lo niega, principalmente los por él favorecidos con mercedes y gangas.

Y así como Octavio abandonó su antiguo nombre por el de Augusto, una vez dueño del trono, indicando con esto que se abría una nueva era en su existencia, olvidado por él todo lo que á su encumbramiento precediera; (conducta más tarde no pocas veces imitada por ciertos gobernantes por nosotros conocidos, los cuales cambiaron, en llegando al solio, no ya nombre, sino aún cara y hasta alma), así como Octavio, decíamos, S. E. Juan, si bien no ha cambiado de nombre, porque él será siempre, como siempre lo ha sido, Juan, en cambio ha querido, como aquel gran romano, olvidar todo un pasado poco brillante para su actual posición y sin duda lo ha olvidado bien, dando así

ejemplo de buena voluntad á todos los que no lo olvidan ni piensan en ello, bastante numerosos por cierto.

De aquí, pues, que solo festeje su presidencial cumpleaños.

No se entienda esto en sentido de que él se festeje á sí mismo; que si bien en lo otro imitó á Octavio, no pretende imitarlo en lo de aplandirse á sí propio como diz que lo hizo aquel grande hombre en la hora de su muerte.

Y á fe que tampoco hubiera él menester de tan menguado cuanto poco halagüeño recurso, pues para tales menesteres están las bandas militares y las bandas de amigos, indicadas tácitamente cuando de festejar ceñimientos de bandas se trata.

Cierto es que él paga esas bandas militares y paga sus amigos, pero de esto nadie podría deducir contra él acusación; que la ley así se lo manda, y haciéndolo, cumple él con la ley.

De aquí que las bandas y los amigos agradecidos le obsequiaron cada cual á su uso y guisa el dicho día 21 de Marzo.

Así, y con tan fausto motivo, el capitán Miraglia dedicole una especie de fantasía militar que tituló *Tuyuti*, como quien dice *tuyo, de tí*, símbolo que manifiesta muy bien el rendido homenaje que un soldado de la nación debe á S. E. Juan.

S. E. Juan, por su parte, correspondió á tan fina distinción saliendo al balcón donde los marciales acordes... mal dije; los marciales acordes dieron largo rato placer á sus orejas.

A lo que dicen, S. E. Juan aunque no es mayormente tan aficionado al divino arte de Mozart y Copetti como á la ternera frita, se mostró sumamente complacido de aquella música, declarando que el oírle le produjo dulces sensaciones.

Y aquí viene, para el capitán Miraglia, aquella anécdota de Enrique II, rey muy aficionado á los juegos viriles y (fijáos por vuestra vida, capitán, en la analogía de gustos!) con gran preferencia al juego de pelota, el cual rey jugando un día con cierto fraile tan avisado cuanto ambicioso, celebró un bien tirado *tambur* de éste en términos casi admirativos, oído lo cual dijo el travieso fraile al rey:

—¿Eh?! ¿No le parece á Vuestra Majestad que es este un golpe de padre prior?

Nombramiento de padre prior de rico convento que al otro día recibió el fraile pelotaris, sin más trabajo que un buen golpe de *tambur*.

Espediente de fácil imitación y excelente resultado que pudiera ahora haber aprovechado el cortés capitán Miraglia, con contestar á los elogios de S. E. Juan.

—¿Eh?! ¿No le parece á Vue... (mal digo otra vez; que aún no llegaron tiempos de tan rendido tratamiento aunque quizás lleguen, Dios mediante). ¿No le parece á S. E. que es esta una batuta digna de un Sargento Mayor?

Pero todo se andará, ó se habrá andado, ¿verdad capitán?

El caso es que el festejo se hizo tan ruidosamente como era posible hacerlo con cuatro bandas de música bien pagadas por el Presupuesto.

Bien es verdad que los festejos á S. E. ó más bien dicho, á su banda, interceptaron durante buen espacio de tiempo el público, tránsito de carruajes, trenvías y aún peatones, muchos de los cuales iban con no chico apuro ni demasiado tiempo en busca del pan nuestro de cada día; pero en cambio S. E. se divirtió viendo cómo aquellos músicos le soplaban, y divirtiéndose el escusado queda decir que debieron divertirse todos aun con perjuicio de sus negocios y obligaciones, por aquello de que *sarna con gusto no pica*, refrán grosero en verdad y sin duda fruto de villana aunque aguda mente cual dicen lo era la de Bertoldo, pero á todas luces verdadero é ingenioso, y sobre todo á juicio de S. E. Juan que lo aplicó aquí quizá por parecerse en algo al buen Luis XIII, del cual cuentan que cuando estaba aburrido (cosa que le sucedía á menudo en razón de su falta de quehaceres) llamaba algun cortesano y llevándole al alfeizar de una ventana decíale tranquilamente:

—Señor de Tal; vamos á aburrirnos juntos.

Cosa que los elegidos tenían á grande honor por hacerlo en compañía de tan principal persona, como sin duda considera S. E. Juan que deben tener sus gobernados lo de divertirse en su compañía, aun con perjuicio de sí mismos.

Y con esto irán viendo ustedes que S. E. Juan tiene no pocos puntos de contacto (además de Brian, con quien está en continuo contacto) con algunos hombres célebres de pasadas edades.

Por lo que respecta á los festejos hechos por la banda de amigos, dará de ellos una idea la siguiente lista de obsequios que agregamos á los ya publicados: S. E. Obes II—Su retrato en actitud pensante, la mirada soñadora y el peinado de onda.

Dr. Angel Brian—Su programa de candidato á la presidencia futura, una divisa en verso y 2,000 ejemplares del *Montevideo Cómic*.

Don Federico Vidiella.—Una bordalesa de lo bueno.

Don José Bove.—Una gruesa cajas guayaba, y varias costillas rotas por casualidad.

Don Eujenio Garzón.—Una mirada *asesina*.

Don Enrique Kubly.—Unas décimas románticas tituladas:

«Si no te acuerdas de mí...»

Monsieur—Una fotografía subjetiva.

D. Ernesto Frias—Su sonrisa más *traicionera*.

D. Alfredo Nebel—Un rizo de sus cabellos y una docena de merengues calvos.

Coronel D Pedro Idiarte Borda—Una carta de felicitación escrita en papel floreado, con dos manos entrecruzadas, ambas con anillos en el dedo del corazón.

Don Gregorio Sánchez—Un retrato del comisario Da Costa.

Don Pantaleón Cabral—Su tierno corazón.

ARTURO GIMENEZ PASTOR



CUITA

—Es inútil; Sinforosa

no me quiere sino á medias.

—Te engañas, José María,

pues su pasión es completa.

—¡Que ha de serlo! Santo y bueno

que una mujer pueda amar

á un José; mas á un *Maria*

no puede amarlo jamás.

CONSUELO

La ingrata me abandonó,

y sin escrúpulo alguno,

con un viejo millonario

fuese á dar la vuelta al mundo.

Yo que siempre fui modesto

é incapaz soy de venganzas....

dulce y resignado fuime

á dar vuelta la manzana.

PRESENTIMIENTO

¡Tarde lúgubre! Como esta

no he visto yo otra jamás.

De nubarrones fatídicos

el cielo cubierto está.

¿Y qué ese manto siniestro....

me anuncia, triste de mí?

Que coja pronto el paraguas

pues ha de llover sin fin.

CUMPLIMIENTO

—Quiero, amigo retribuirle

el regalo que en el día

de mi santo me hizo usted

con tanta galantería.

¿Cuándo es su día onomástico?

Diga usted; estoy anhelante

por saber la fecha y dar

á usted este rico brillante.

—Lo acepto, pues es mi día

hoy... y mañana, y pasado.

—¿Mas cómo?

—En día de Todos

los Santos fui bautizado....

KIEL

¿Perjura?

(CUENTO RELÁMPAGO)

—¡Aquí, aquí mismo, en la misma puerta de su casa descubriré si me engaña ó no me engaña esa pérfida de Inés!—decía el celoso enamorado amagando con los puños al espacio.—Ella dice que no, que no es infiel; ¡pero vaya usted á creer á las mujeres! Todas mienten, todas son iguales... é Inés... ¡también me engaña, también es infiel!... Y no era de creerse—¡ya lo creo!—siendo, como es, una mujer respetable, distinguida, una dama en toda la extensión de la palabra. Pero recelo, dudo: ¡es tan hermosa y tan coqueta! Luego, Ernesto, que es mi mejor amigo, me ha asegurado haber visto entrar aquí, por las noches, á cierto sujeto... ¡Que se me presente, que se me ponga ante la vista y verá lo que es un hombre de honor

como yo!... Pero... ¿qué veo?... ¡Alguien llega!... Escondámonos...

Y el enamorado, conteniendo la respiración, se escondió en el hueco de la puerta.

El otro llegó á poco, canturreando y haciendo sonar el calzado de una manera horrible

—¡Oh! Las mujeres, las mujeres!—murmuraba despechado el celoso.—Vea usted á quién aman: ¡á un zángano como este que se acerca: grosero, mal entrazado, mal oliente, sí, mal oliente, porque apesta á vino y á tabaco!... ¡Algún bebedor, tal vez!... ¡Oh! ¡Le mató!...

Y estirando el brazo, cogió por las solapas al huésped que era todo un patán.



—Por qué me coge usted? El enamorado, ciego de furor, preguntó tartamudeando:

—¡Responda usted! ¿No viene usted por una dama?... ¡Inés?...

—No, señor; vengo por una *damajuana*—contestó sonriendo placidamente el otro. Ya debe estar vacía y la vengo á buscar.

C. LENGUAS

Para **ELLAS**



L U I S A

ESTUDIOS SOBRE LA MUJER

Por E. M. DE LYDEN

(TRADUCIDO EXPRESAMENTE PARA «CARAS Y CARETAS»)

(Continuación)

—Tenéis razón, está en casa de esa peligrosa amiga.

—Peligrosa; es la palabra... Esa mujer, á pesar de su afecto á Luisa; á pesar de su buen corazón, será causa de nuestra desgracia.

—No exageremos... Vamos; Luisa va á volver; haced como que no sabéis de dónde viene; recibidla como si nada hubiese pasado entre vosotros.

—¿Es decir que he de ceder yo?... ¿Es eso justo?

—No os digo que sea justo, pero es prudente.

—Y mañana ú otro día tendré que hacer nuevas concesiones... y vuestro yerno será un necio, del que vos os burlaréis la primera.

—¡Oh! amigo mío; si el amor propio no se deja á un lado, no haremos cosa de provecho.

—Pero, mamá Bernard, yo sin embargo no puedo aparecer siempre como un niño delante de mi mujer; porque concluirá por no estimarme.

—En primer lugar, nadie os dice que seáis un niño delante de ella, y en verdad que no sería yo quien os lo aconsejase; y luego, afortunadamente, vuestra mujer no tiene bastante energía ni orgullo para querer, como se dice, llevar los pantalones.

—Llévese el diablo á Mme. Camphrinet y sus necesidades

—Os permito toda clase de maldiciones á esa amiga, y la abandono á vuestro justo furor, como diría el difunto Bernard; pero no os irritéis con Luisa, ni os pongáis con ella de mal humor.

—Es decir que, según vos, debería componerle un madrigal cuando volviese.

—No estaria de más.

—¡Sí, eh? Para lo que falta, ¿por qué no he de pedirle perdón... de rodillas?

—Nada de niñerías, Marcial; se trata de vuestra dicha y de la de Luisa... haced ese sacrificio á vuestro orgullo... ¡qué diantre! Vuestro reposo, vuestra felicidad doméstica bien merecen esa concesión por parte de vuestro amor propio.

—¡Qué papel tan ridículo queréis hacerme representar!

—Amigo mío, me afligís inhumanamente suponiéndome semejantes intenciones... Veamos; ante todo dejemos á un lado vuestro orgullo tan mal fundado; voy á dirigirme á vuestro corazón. Habéis prometido hacer feliz á mi hija.

—Pero yo hago todo cuanto puedo por mi parte... ella es la que no quiere...

—Entonces hacidla feliz á pesar suyo... Os lo pido, os lo ruego, y la buena mujer tendió llorandola mano á su yerno.

Esta lágrima maternal hizo más que todos los argumentos posibles; Luisa estaba perdonada.

Pocos instantes después, Deslandes daba algunas órdenes á su criada, la enviaba á una pastelería, y salía él mismo, mientras Mme. Bernard se ocupaba en preparar el té, y cuando á las once de la noche regresó Luisa acompañada de Mr. Camphrinet, halló servida una colocación deliciosa, y su marido la recibió con un abrazo.

—Hija mía—la dijo—tu madre ha querido sorprendernos y esta noche viene á tomar el té con nosotros; luego, dándole un estuchito que contenía una alhaja modesta pero de buen gusto que había ido á comprar,—toma,—añadió—ahí tienes en lugar del broche que has perdido.

Luisa se quedó admirada.

—¡Hola! mi querido amigo Camphrinet, buenas noches—dijo Mr. Deslandes despues de abrazar á su mujer,—habéis hecho perfectamente en acompañar á Luisa. Sentáos y tomad una taza de té con nosotros. Y Mme. Camphrinet, ¿cómo está? Siempre gruñendo, pero siempre buena, ¿no es verdad?... El ex-droguero parecía haber caído de las nubes.

Se le había dicho que iba á ser testigo de una escena escandalosa, y asistía á un cuadro de familia encantador.

Aunque Mr. Deslandes adivinara la sorpresa del buen hombre, hizo como que no la había advertido y mostró á su mujer una amabilidad increíble; ésta, que iba con intenciones hostiles y nada favorables, no sabía qué partido tomar. Afortunadamente el corazón triunfó de la cabeza, y entregóse con toda la expansión de su alma á las caricias de su esposo.

En cuanto á Mme. Camphrinet, se quedó esta vez con sus consejos y sus lecciones de moral.

IX

La reconciliación había sido completa por una y otra parte.

Mr. Deslandes hizo notablemente las cosas con gran satisfacción de su suegra que le dió las más expresivas gracias.

Luisa, encantada, apresuróse á escribir una carta á Mme. Camphrinet, en la que le refería la conducta de su esposo, conducta de que ésta tuvo conocimiento aquella misma noche por su marido, que no pudo menos que decirle:

—Mme. Camphrinet: Mr. Deslandes es un hombre de bien, si los hay; mejor que yo mil veces, porque yo no hubiese tenido su paciencia; así pues, en adelante no vuelvas á hablar de él; guarda para tí tus ideas; y no me rompas más la cabeza con tus impertinencias.

Mme. Camphrinet veía siempre las cosas por el lado opuesto; la tierna generosidad de Mr. Deslan-

des para con Luisa le pareció un signo de debilidad.

—¡Victoria! dijo para sí al leer la carta; ¡victoria! el enemigo ha capitulado. ¡Esto es lo que se llama tener energía y voluntad! ¡Hola, hola! ya hemos hallado el medio de domesticar á ese marido feroz... ha cedido... tiene miedo... ¡Oh! ¡oh! Qué dicha para esa querida niña que yo haya sido en esta ocasión su consejera. Y sin perder tiempo escribió á Luisa una carta muy extensa, felicitándola y recomendándole que permaneciera siempre firme, sin ceder en ninguna cuestión, gaande ni pequeña...

«Ya has conquistado el cetro y la corona, le decía al concluir; ahora sólo te encargo que lo sepas conservar.»

Pocos días después fue á visitar á Mr. Deslandes para cumplimentarle y probarle su gratitud.

(Continuará)

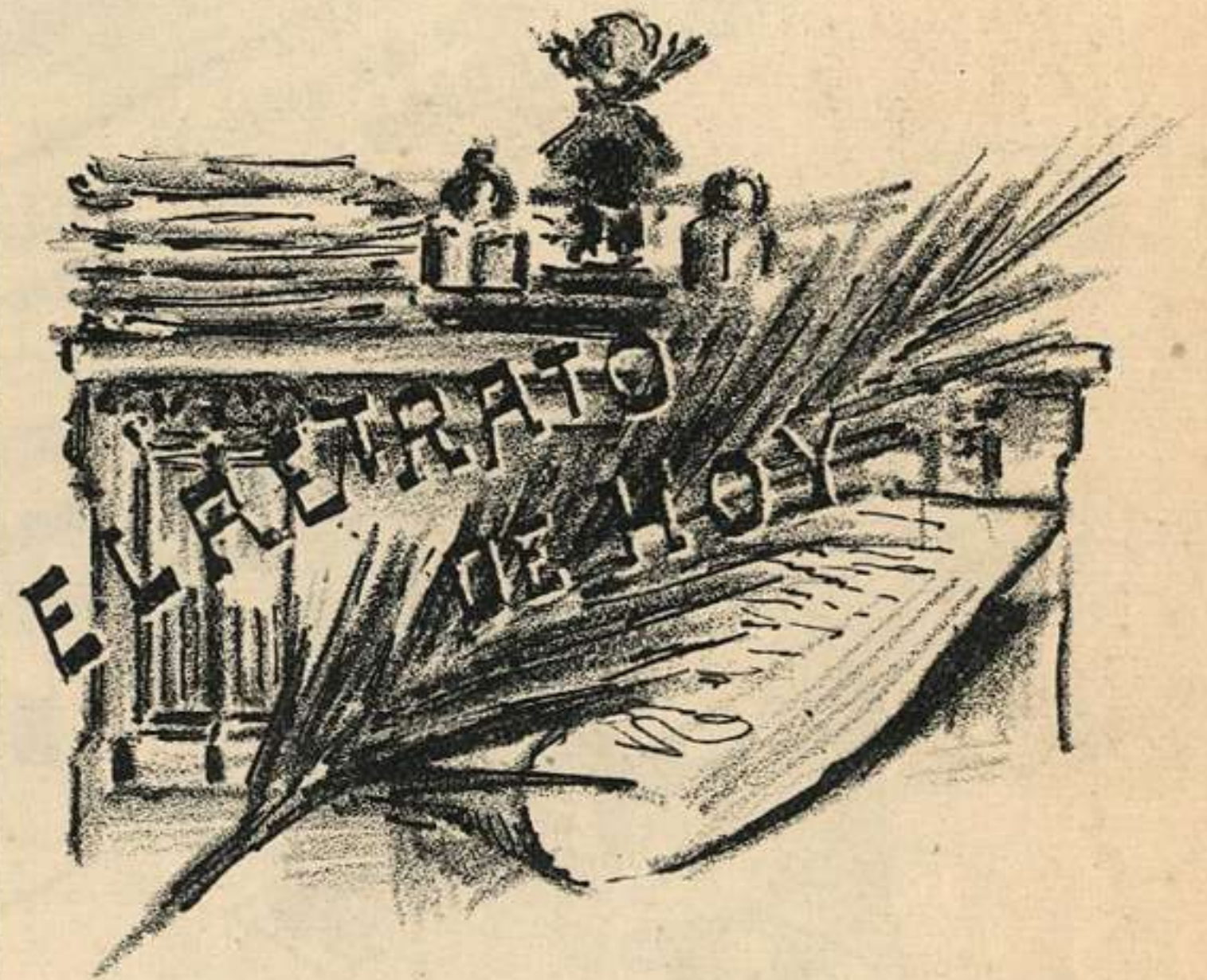


Requiebros

Tienes los cabellos de oro los pendientes de azabache... Si fuese al revés, valdrías mucho más de lo que vales.

Si, como dicen, son perlas los dientes que tiene Carmen, pigo que en toda mi vida he visto perlas tan grandes.

RICARDO ROYO



HERBERT SPENCER

La celebridad universal hoy en día, del gran filósofo positivista, nos exime de presentarlo, cosa por otra parte imposible en cuatro rasgos, como nos obligarian á hacerlo lo pequeño del espacio disponible y las condiciones de nuestro semanario.

Su obra es grandiosa, su talento inmenso y su influencia en la marcha de la ciencia moderna, decisiva.

La Inglaterra le cuenta ya entre sus glorias y de aquella gran cabeza pensadora ha recibido el mundo grandes luces, bastantes á señalar nuevas y fecundas rutas á la investigación científica.



Murmuración

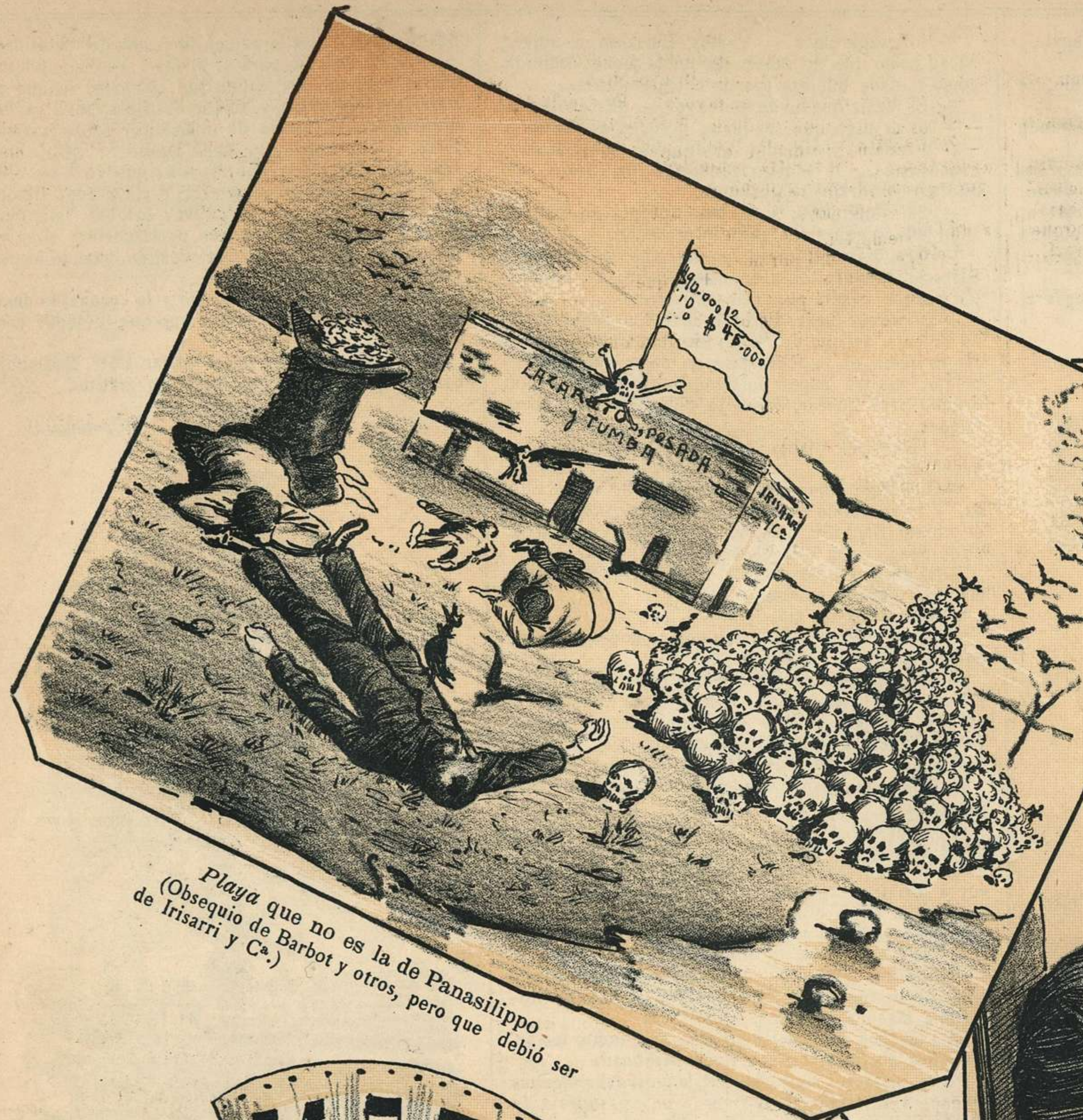
El destrozado Gaspar dice siempre, sin ambages, que tiene dos ó tres trajes en casa, *sin estrenar*.

Y son sus humos fundados, como la malicia prueba, porque los trajes que lleva suele comprarlos usados.

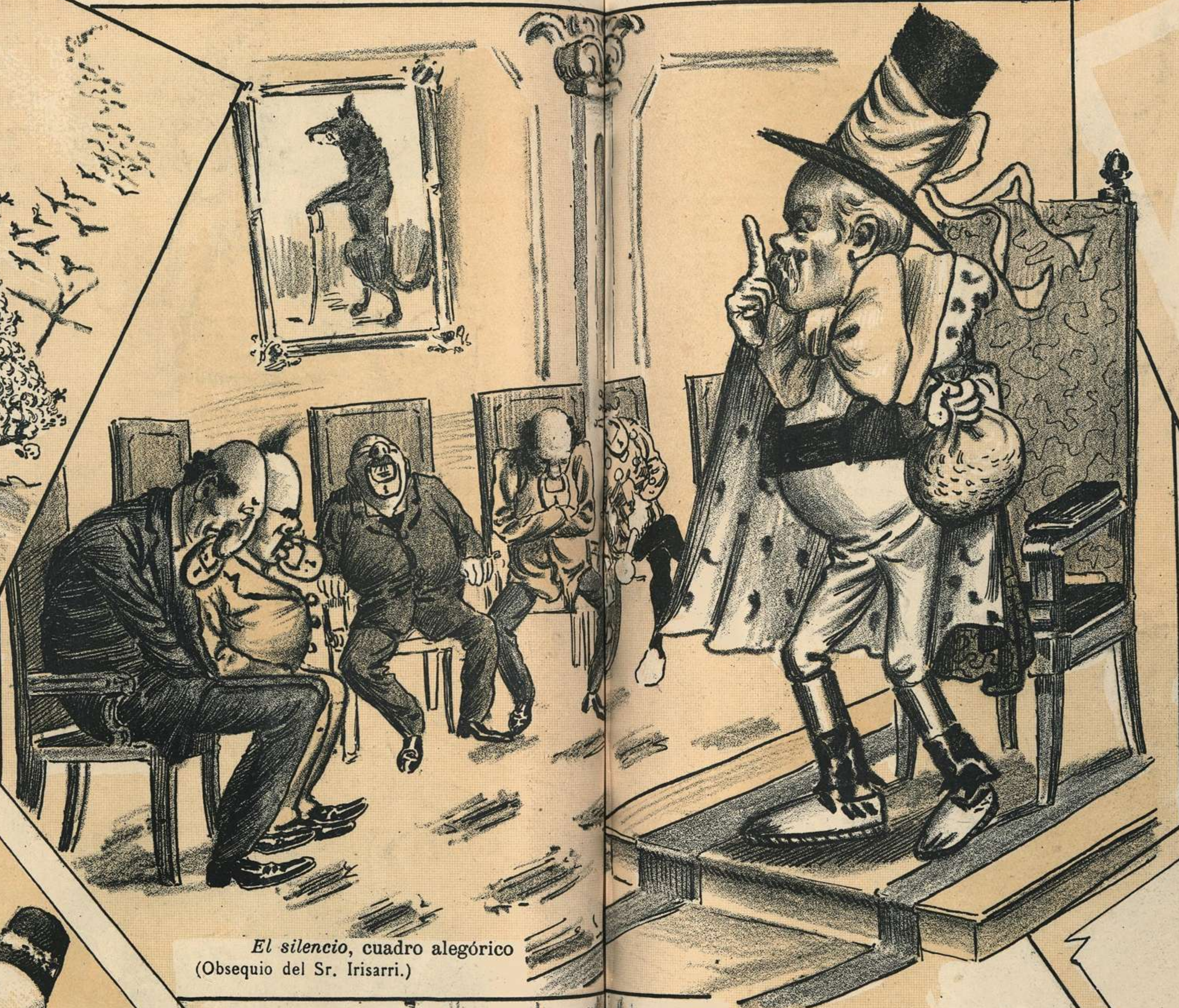
COLÁS PÉREZ



LOS REGLOS DE S.E.



Playa que no es la de Panasilippo (Obsequio de Barbot y otros, pero que debió ser de Irisarri y C^a.)



El silencio, cuadro alegórico (Obsequio del Sr. Irisarri.)



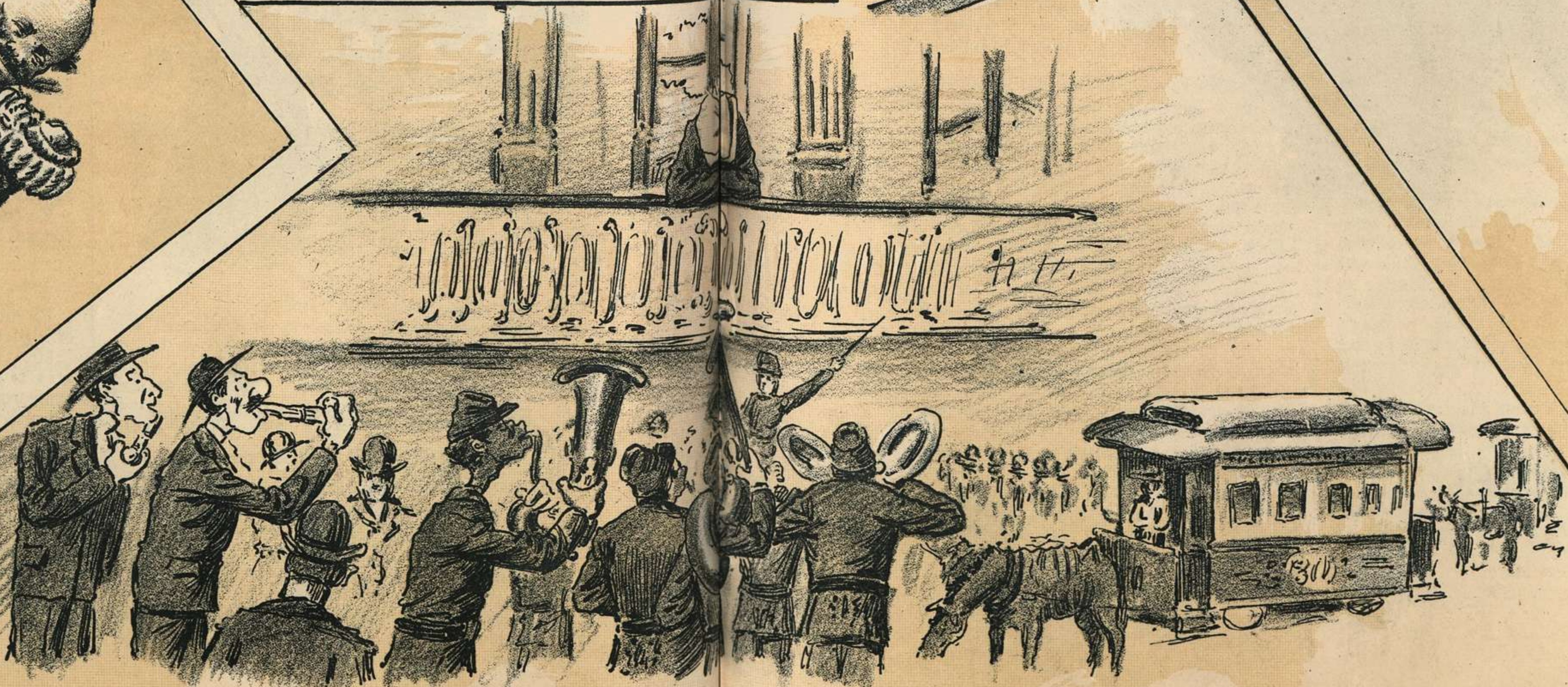
La mesa de Nebel (Bien surtida, según el Banco Nacional.)

MARZO

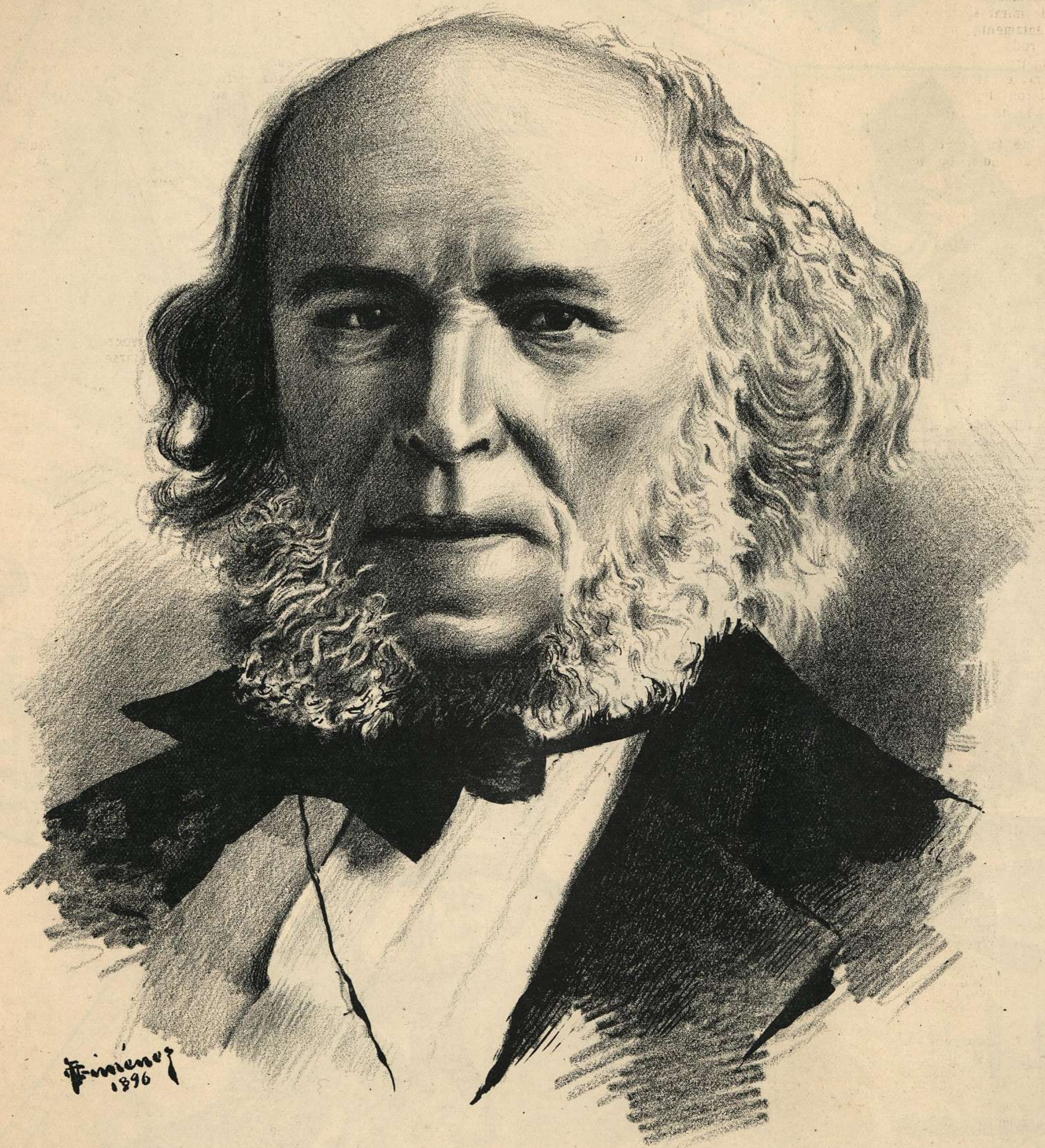
21 DE 1896



FOTOGRAFIA (Obsequio de Lari.) Mor Wimplame



FOTOGRAFIA "CARAS y CARETAS" EL (Obsequio ya saben ustedes de quien.)



CARAS Y CARETAS

HERBERT SPENCER

A. GIMÉNEZ PASTOR

ENTRE DOS FUERZAS

XII

(CONTINUACIÓN)

Luego todos salieron del *paddock* estendiéndose en la esplanada como una gran onda brillante, sin dejar de mirar siempre a los caballos que se alejaban lentamente por la pista, hamaçando con el vaivén rudo del tranco a los *jockeys*, indiferentes y enigmáticos bajo la gran visera puntiaguda de las gorras encasquetadas hasta la nuca.

Siguieron alejándose despacio, mientras aquella ola que se había detenido en parte a mirarlos aún, iba a engrosar la concurrencia apiñada ante las ventanillas de la derecha, estrujándose, erizada de brazos que pedían boletos, levantados en alto como los de naufragos suplicantes, ó á revolverse ante las pizarras, consultando programas y apuntes, preocupados, llenos de la febril agitación del juego.

Y así pasó un largo rato; á lo lejos, cerca del ferrocarril que seguía echando al aire su humo perezoso, los caballos andaban despacio, de un lado á otro, siempre en aquel ir y venir lento que hamaca á los *jockeys*, encorvados descuidadamente, silenciosos é indiferentes como la tarde que se extendía á lo lejos, adormecida sobre las lomas oscuras, envolviendo en su calma gris los grupos de eucaliptus inmóviles, más oscuros cada vez. Algunos grupos matizaban el césped lejano, mirando los caballos; mujeres de las cercanías atraídas por aquella curiosidad que domina á todo Maroñas en el día de la Carrera Internacional.

Entre tanto, tras la ansiedad del primer momento, empezaba á sentirse en el palco el fastidio de la espera prolongada en aquella tarde despojada de su alegría radiosa por el nublado importuno que vagaba en lo alto, ligero como niebla errante; los ojos, cansados de mirar siempre allá, á lo lejos, al grupo de caballos esparcido y vuelto á reunirse sin cesar, tornaban á su tarea de observación; y se conversaba, nuevamente distraídos todos, mientras la derecha seguía siempre elevándose aquella eterna sinfonía del metal resbalando entre manos febriles, palpado por dedos temulosos en el último apuro de aquella gente ansiosa que jugaba y jugaba temiendo á cada instante sentir el tañido de la campana esperando con tanto sobresalto como si se esperara escuchar con él el anuncio del juicio final.

En medio de aquel fastidio de la espera, demasiado larga despues de tanta expectativa; aquel fastidio de tarde nublada que iba invadiendo el palco donde los ojos, cansados, gastados por el resplandor lechoso que empezaban á mostrar el cielo y el campo, bajábase maquinalmente buscando un objeto en que descansar, Mario y Delia cambiaron algunas palabras, ambos fríos, notando tirantez entre ellos, á ratos irónicos, por más que Mario á quien empezaba á dominar allí, cerca de ella, el deseo de la mujer otra vez, hubiera deseado abandonar aquel terreno, sacarse de encima aquella violencia que lo fatigaba como un gran peso, dominado por una especie de languidez amorosa que invadía como un perfume asiático, penetrante y sutil, su alma de sensualista jóven.

Pero la otra quería una sumisión completa, con homenaje público; y así, cuando Cora le preguntó de qué caballos esperaba el triunfo en la gran prueba:

—¡Ah! De los argentinos!—dijo, provocándole con la mirada, como quien dice: «sígueme, ó adios!» al darle aquella ocasión de mostrarse sumiso ante las otras, de satisfacer su amor propio herido, llenos de amenazas vzgas sus ojos enérgicos.

Mario la miró á su vez un momento con mirada opaca de obstinado, errando en sus ojos grandes y algo infantiles una cierta admiración ingénuu al verla tan decidida á domeñarlo sin condiciones, empeñada en aquella tarea de pura vanidad que lo irritaba, y dijo con lentitud:

—Yo voy á los orientales,—soportando otra mirada autoritaria, fija en él, que le decía: «piensa bien lo que haces, que esta es decisiva . . .».

Casi toda la gente se refugiaba ya en el palco cubriéndolo hasta las últimas gradas, y movimientos inquietos agitaban aquella multitud ante la proximidad del momento había silencio.

Finalmente sonó la campana, vibrando aguda en la tarde callada, y un murmullo confuso voló de la tribuna, un ¡ah! de pecho que se descarga por fin de pesada ansiedad; todo se agitó recorrido por un estremecimiento que se esparcía como vibración prolongada. Muchos buscaban posición cómoda para no perder un solo detalle; otros daban el último vistazo al programa, y subían apresuradamente los

últimos rezagados del *Sport* barajando papelitos de color con mano nerviosa; los últimos boletos salidos de la taquilla, las inspiraciones, las corazonadas de última hora.

Entonces rompió el sol suavemente aquella vaga niebla que lo velaba hacia una hora, y la pálida luz dorada fué barriendo la sombra que huyó más allá de las lomas lejanas, mientras el campo verdeaba nuevamente alegre y se iluminaban otra vez los grandes cuadrados de alfalfa y las cina-cinas lejanas, animada la tierra á las caricias de la luz como se anima de pronto todo un rostro con una sonrisa. Allá, en la prolongación de la pista, al Este, centellearon, á la llegada del sol, todos los colores de las casaquillas de los *jockeys* que se mezclaban revolviéndose en el grupo, traídos y llevados por la inquietud de los caballos; y fué aquello una alegría repentina de la luz dorada que jugueteó en el amarillo; haciendo relucir la seda verde, arrancando relámpagos de plata al raso blanco, sobreviviente en el celeste, centelleante en el rojo vivo, animando todos los matices que se revolvián lentamente á lo lejos desplegando todo un entusiasmo de los colores al último sol de la tarde.

Y en contraste con aquello, á la derecha, se reflejaba irisándose sobre los relucientes techos negros de los carruajes apiñados, inmóviles, semejando de lejos todas aquellas placas lustrosas, escamas separadas de una gran coraza córnea y dispuestas unas junto á las otras, prontas para reconstruirla.

Toda la atención se concentró en el grupo de caballos que se colocaban en fila, prontos para salir, arrancando luego en grupo desigual, inutilizada la salida por la bandera siempre enhiesta del segundo *starter*.

Cada una de estas arrancadas falsas era anunciada á todos por los que no separaban los grandes gemelos de aquel punto.

—¡Ya está!

—¡Salieron!

—¡No, no, no! respondían muchas voces de bajo mientras los caballos volvían lentamente á colocarse en fila.

Por último la segunda bandera se bajó, rápida, soltando la carrera.

—¡Ya estuvo!

—Se vinieron!

—Se vinieron! gritaron en el palco; y un murmullo tumultuoso agitó la masa de gente.

En efecto; á lo lejos, frente á la tribuna se veían los caballos, en grupo, corriendo con ese hamaqueo brusco y lento que les hace ver á la distancia como si apenas galoparan, todos con las patas envaradas, iguales á los caballos de juguetería.

En el palco reinaba anheloso silencio que solo se interrumpió cuando al llegar al recodo empezaron á distinguirse algunos que hacían cabeza; entonces algunos entusiastas pregonaron sus favoritos con voz insegura todavía.

—¡Reverie!

—¡Camors!

Detrás venía uno que se quedara parado á la salida, una chaqueta verde que avanzaba lentamente: era *Guerrillero*, el campeón uruguayo.

Silencio anhelante les recibió cuando pasaron frente al palco, redoblando fuertemente el golpear seco de los cascos sobre la pista, que recorria en sentido contrario, una nube de polvo amarillo; observándose mutuamente los corredores, todos con el alma puesta en aquel montón de caballos.

Así avanzaron, mientras un murmullo creciente bullía en la tribuna.

Entonces sintió Mario una voz vibrante y un tanto provocativa que decía con el entusiasmo alegre del vencedor:

—¡Ganan los argentinos, ganan los argentinos!

Se volvió y miró á Delia que á su vez le miraba con los ojos brillantes, con todo el orgullo del triunfo animándole el rostro, mientras empezaban á resonar voces más claras en todas las bocas, pregonando nombres distintos que cruzaban como relámpagos.

Y aquello fué creciendo, ensordecedor como bramido de mar irritada, al acercarse nuevamente los caballos al recodo. El que saliera último seguía avanzando, avanzando siempre, obstinado y paciente; ya entraba en el grupo y su nombre empezaba á sobresalir en aquella batahola, dominando la frenética algarabía; algunos se echaban hácia atrás, nerviosamente, como queriendo detenerlo en su avance matemático, y la gritería seguía creciendo cada vez más.

Cuando pasaron por fin frente al palco por última vez, desesperados, hiriendo el suelo seco con rabia, estirados como galgos, un clamoreo gigantesco, colosal, estruendoso, gritería formidable, tempestad de voces enronquecidas, explosión repetida de dos mil pechos rabiosos de entusiasmo se elevaba vibrando rudamente en el ambiente agitado, atronando los campos silenciosos, despertando ecos tonantes mientras mil brazos se agitaban en el aire y toda aquella muchedumbre se movía en un frenético

estallido de triunfo que clamoreaba sacudiendo el espacio con vibraciones que parecían ir á llevar allá, tras las lomas dormidas, el grito de victoria.

—¡Guerrillero, Guerrillero, Guerrillero, Guerrillero!

Si; era él que pasaba como una bala entre el grupo, avanzando siempre, invencible ya, irresistible, y se perdía tras de la meta velados los colores verde y rojo por una nube de polvo en que se hundieron los demás caballos que en aquella ocasión le sirvieran de escolta.

Había concluido la carrera y cuando Mario se volvió, ronco de tanto gritar aquel nombre, bañándole el rostro la luz del triunfante, se encontró con la mirada más dura que había visto en los ojos de Delia, desbordando la cara despecho por aquel pliegue de la boca que le insultaba, como si él tuviera la culpa de que hubiera ganado el caballo uruguayo: vió que aquello lo tomaba ella como una ruda derrota de vanidad que no perdonaría jamás, pero se sintió orgulloso de haber sido fuerte aún en aquella nimiedad que las circunstancias revistieran de importancia real.

Entre tanto, toda aquella muchedumbre se derramaba rujiente por las tres escaleras, como si la vomitara el palco, inundando la esplanada donde las expansiones locas arrojaban á unos en brazos de otros, emocionados como si hubiera salvado de mortal peligro un miembro querido de la familia; y luego, ondeando hervorosa, la ola entró en el *paddock* desde donde llegaron luego al palco estallidos de aplausos y aclamaciones que saludaban al caballo vencedor á su vuelta del triunfo, manifestaciones que envidiaría un grande hombre en la hora de una gran victoria.

Y aquel aleteo de voces que comentaban el hecho no cesó ya de agitarse sobre la esplanada donde se derramó toda la gente, matizando los frescos trajes estivales aquel hormigueo inquieto, nervioso, de gente sobreexitada.

Allí volvieron á ver Mario, Daniel y las mujeres á Delia, que paseaba también, provocativa en su afán de mostrarse toda dedicada al pariente de las Mestres, que seguía mostrando siempre los dientes con su sonrisa afectada, molesto en aquel teatro que no era el suyo.

Mario sonrióse al mirarla; no había de cambiarlo, á él por *aquello*. Fuera una estupidez. No obstante, comprendió que una partida decisiva acababa de jugarse entre los dos, y miró con envidia a Daniel y Orfilia, tan felices, tan contentos, tan tranquilos en aquella tarde de emociones. ¿Qué podía importarle á ellos que ganara uno ú otro caballo, que venciera una ú otra preocupación? Aquello no llegaba, indudablemente, hasta su mundo rosado, y comprendiéndolo tuvo Mario la sensación clara de haber equivocado el camino de aquel mundo que buscara con tanto afán, pasando por sobre todo en su sed de goces libres.

Esta fué la impresión que conservó hasta la hora de la retirada, que llegó pronto, despues de aquellas dos carreras finales que á nadie preocupan.

La tarde moría. Los pastos, la alfalfa y las cina-cinas vestían su ropaje gris y á lo lejos se esfumaban en azul las lomas del Norte, mostrando los cuadrados de tierra labrada como grandes fosos negros cavados en el seno oscuro de la ladera.

Los que vinieron en Ferro-Carril emprendían de nuevo la marcha por el caminito que mordía el césped desde el palco, arrastrando lentamente su cola sinuosa de gente cansada; y en el recinto de carruajes se revolvián los coches entre una nube de polvo, con crujir de arrees y ruido de metales, disponiéndose á partir.

Entonces se perdieron de vista Mario y Delia; ella para ir por aquel largo camino, entre el polvo y el sudor de cien cuerpos hasta el democrático ferrocarril; y él, siempre superior aquella tarde, á tomar el carruaje que arrancó llevando los alegres y los tristes.

Tras del palco, el cielo rubicundo se incendiaba de amarillo, surcado por nubes turbias como trazos caprichosos de lápiz de carbón, ó pesados cirrus de humo sucio, ahogando aquella aurora rojiza de congestión solar.

Y así le perdieron de vista, silencioso ya, dormido en su paisaje de sombras, apagados en el ambiente soñoliento todos aquellos clamores triunfales que habían vibrado una hora hacia elevándose á los cielos; y fué desapareciendo abandonado y mudo á medida que los caballos avanzaban golpeteando el *macadam* del camino, rodeado el coche por el estrépito del rodar de tantos otros en que iban muchas cabezas hundidas en el pecho, vacías de todas las esperanzas de la mañana, en marcha rápida hácia la ciudad, mientras la noche descendía plácida sobre los campos de Maroñas.

(Continuará)





El senador Irisarri obsequió á S. E. Juan, en su día onomástico-político, con un cuadro del pintor Di Lorenzo, en que éste representa artísticamente *El Silencio*.

Costó este cuadro al donante, según los diarios, 700 pesos contantes, sonantes y presupuestados.

Esto constituye una tan galante como inútil ratificación del señor Senador. Porque esto de regalar á S. E. Juan *El Silencio*, cuando S. E. Juan tiene ya comprado tiempo ha el silencio absoluto del señor Irisarri y otros colegas de la Cámara, y bien pagado con el respetable sueldo de Senador, es algo parecido á la zoncera de Siebel, que según el gaucho

*Obsequiaba á la muchacha
con las mismas flores de ella!*

Y para variar, don Alfredo Nebel y varios socios obsequiaron también á S. E. Juan con una mesa hecha con muestras de todos los mármoles de Italia.

Otro que tal! Obsequiar á quien les sostiene mesa puesta todo el año, (y ojalá fuera sólo el año) con una mesa sin un solo comestible siquiera, es también cosa curiosa.

Aparte de que, valiendo como símbolo ó representación de los donantes, en vez de las muestras de todos los mármoles de Italia, hubieran puesto la de todos los adoquines que se labran en el Uruguay.

Por último. El Diputado Barbot y otros regalaron á S. E. Juan, con motivo del famoso aniversario, *La playa de Pausilippo*.

Y dale con la misma! Regalar una playa á quien tantas ha dado á explotar, es hacer lo que los chicos que obsequian al papá con lo que han hecho apuntar en la cuenta de la peluquería, *verbi gratia*, cuenta que luego pagará el papá.

Así, regalando un poco
de lo que á su vez él dió,
sin haberme vuelto loco
le regalo algo hasta yo!

ANÁLISIS

¿Que porqué un trapo bicolor cruzado al pecho de un cualquiera, da enseguida poder, muchos amigos, buena vida, todo adquirido sin trabajo honrado? Venga el análisis! Véranlo ustedes. Se trata de la banda, y á la banda cambiándole una letra, dice *manda!* que aquí es como decir: «¡todo lo puedes!» Con una letra menos, á los socios, *janda!*—les dice—marcha, va adelante!... á rodear al que tiene, y abundante, pues que van viento en popa los negocios! Por fin si le quitamos sin reparo una sílaba más, el *da* nos queda; y esto explica porque el que banda hereda á tanto llegue y tanto logre y pueda: por eso: porque *da*. ¿Lo ven ya claro?

Vayan dos colmos dedicados á Nebel y a *Monsieur*.
El colmo de un *Ministre de la Guerre*?

—Ascender á sargento un cabo... de vela.
El de una comisión liquidadora?
—Liquidar el *Banco*... inglés.

Los temblores de tierra sufridos en Chile han preocupado lo bastante la atención para llenar con sus detalles dos ó tres columnas de nuestros diarios. La verdad es que los próximos terremotos en

SOLFA ALEGRE



DO... Brazil

aquella república hermana (estilo de gaceti'la oficial puro) deben merecernos interés, pero estando tan próximo el invierno y por ende los tés presidenciales en casa de S. E. Juan, que siempre nos cuestan algunos pesitos, debiéramos dedicar nuestras alarmas á estos

Pues entre ambos alborotos,
de estos somos los paganos;
y aquellos son *te-remotos*;
y estos son tés muy cercanos!

Al vuelo:

Leyendo un editorial patriótico:

—«Conviene mantener siempre frescos en la memoria los nombres venerandos de nuestros próceres»...

Pues hombre; este deber es el único que cumple el Gobierno; el de tenerlos siempre frescos.

—¿Cómo?

—Teniendo en baño perpetuo al General Artigas, al General Rivera y á Suarez en forma de cañoneras.

Como noticias gordas y trascendentales, las que van llegando de Cuba.

Un corresponsal, el señor Orts, telegrafía con la premura que la inmensa importancia del acontecimiento requiere, que á las autoridades españolas se han presentado 43 *insurrectos!* dispuestos á jurar fidelidad á España.

¡Cuarenta y tres presentados!

Ahora, para que se presenten los treinta mil hombres que componen el ejército revolucionario, no faltan ya más que 29.957.

Decididamente la revolución está perdida.

MALEDICENCIA

Al cruzar perezoso
el verde suelo,

murmura noche y día
fresco arroyuelo.

IRA

En un bosque de pinos
cerca de Pando,
más de mil pajarillos
están *trinando*.

REPROBACIÓN

Ahí pasó Idiarte Borda
y, áspero y fiero,
en el espacio obscuro
silba el pampero.

Los últimos telegramas de Chile dan cuenta del gran pánico que ha sobrecogido á las poblaciones con motivo de los últimos temblores de tierra y profecía de Falb anexa.

Me figuro lo que estas noticias van a envalentonar á los argentinos, ahora que se habla de guerra, acorazados, y otros etcéteras.

Pues de fijo han de pensar
que, apenas se habló de guerra,
población, gobierno y tierra
se echaron allá á temblar.

—De males de amores
mucho me reí,
más al fin en ellos
por fuerza creí.
Nunca pensar quise
¡ay! que una mujer
la dicha y la calma
me hiciera perder
Que llanto á mis ojos
hiciera acudir
ni que á mi alma fuerte
hiciera sufrir.

—Mas, al fin por una
de amor y pasión
lloraron sus ojos....
—Tiene usted razón.

Furioso, su insidia
la fui en cara á echar...
me dió dos trompadas,
¡y me hizo llorar!

La *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*, celebró con su número 24, un gran número en que figuran las principales firmas de nuestra literatura, el primer aniversario de su fundación.

Al retribuirle el saludo que á nuestro 2.º aniversario dirige precisamente en ese número, saludamos intimamente complacidos á sus laboriosos cuanto constantes redactores, que con ardor é inteligencia que debe enorgullecerlos legítimamente, han vencido con tanto aliento los obstáculos del difícil camino, llevando á un alto grado de prosperidad su importante publicación.

Correspondencia Particular

Atauti—Montevideo—Es buena la idea, pero ha sacado Vd. poco partido de ella. ¿Quiere Vd. que lo arreglemos un poquito para bien de todos?

Josefin Bum Bum—Id—Pero si no hace Vd. más que hablar de vino y de caña y de... De componer su artículo caen borrachos todos los tiposgrafos!

P. P. W.—Id.—¿W? Esa doble v querrá decir, sin respeto á la ortografía, como escribe Vd, doble beduino, ó como quien dice beduino por partida doble ¿eh?

Juan Muelas—Minas—
Se ha escrito usted un verso Muela que aún con buena voluntad no habrá en toda la ciudad quien lo huela.

Perico Gordo—Canelones—¿Por qué será que todos los Pericos, flacos y gordos, son tontos?

Roncadera—Montevideo—Usted no se enojará ¿verdad? si yo le digo borracho joven?

Juan Parejo—Id.—¡Ay Juan Parejo!
¿Es del cuerpo de torpes
usted el más viejo?

J. F. P.—Id.—¿Qué flojitos son! Los epigramas no sirven; y los pensamietos, tampoco. ¿Ha visto usted qué casualidad?